

**EL MUNDO Y SU HISTORIA**

FICHA: EL CIELO ESTÁ ROJO

**ANEXO I****NOVENO FRAGMENTO DEL DIARIO DE JUDIT**

Betania, día 26 del mes de Kislev

Y yo que pensaba que Jesús no querría viajar tanto en invierno...

Hemos venido a Jerusalén a la fiesta de las tiendas. Apenas he pasado por casa de mis padres, mi padre no se ha quedado nada contento de que me volviera a ir, pero parece casi resignado. Mi prometido está de viaje de negocios en Tiro y Sidón, y parece que su viaje se prolongará. De todas formas, es cuestión de tiempo que sepa de mis ausencias. Yo ya he decidido que no me casaré si no me deja seguir con Jesús. Si no le he dicho nada ha sido por respeto a mi padre, pero tampoco le he mentado. Seguramente a la vuelta de su viaje y del mío no quedará más remedio que enfrentarlo. Pero, como dice Jesús, "a cada día le basta su afán"... confío en que Dios me ilumine y, ¿quién sabe? tal vez abra su corazón... Será difícil, en todo caso, no me voy a engañar...

Nos estamos alojando en casa de Marta, María y Lázaro. Son una gente estupenda... y muy fieles a Jesús. Con María me llevo especialmente bien: es una mujer inquieta y sensible. Se muere de ganas de irse con Jesús. Marta es como una madre clásica: amorosa y energética, preocupada por todo y por todos, siempre activa... no para de trabajar. Y Lázaro es un hombre sencillo y tolerante... muy respetuoso con sus hermanas. Se nota que se ha criado con ellas y que ha desarrollado esa sensibilidad que muchos hombres tienen un poco embotada. Esto días está un poco enfermo, parece que lleva tiempo débil, espero que se ponga bien...

De todas formas, puede que mañana ya no nos alojemos aquí. Las cosas se están poniendo bastante tensas, y Jesús no quiere comprometer demasiado a nuestros amigos ni estar demasiado accesible. La verdad es que ha habido varios episodios complicados. Lo que Jesús va diciendo y haciendo parece que está molestando profundamente a nuestros dirigentes. En realidad, tendrían que ser tontos para no darse cuenta de que Jesús les está poniendo en evidencia, desenmascarando sus abusos, haciendo que la gente piense y resista a la injusticia, desactivando sus

mecanismos de control a base de egoísmo y temor, y, sobre todo, infundiéndoles la confianza de que Dios está de parte de los pobres, que Dios quiere un mundo distinto... Claro, en un mundo distinto la mayoría tiene mucho que ganar, pero los que viven bien a costa de los demás tienen mucho que perder...

Hay una tensión que va creciendo lenta y sostenidamente, y todos podemos notar. Es más aguda aquí. Galilea no deja de ser una región apartada, y nuestros poderosos están más dispersos. Aquí el poder está concentrado. Durante un tiempo no se preocuparon por Jesús, porque pensaban que era un fenómeno marginal, de provincias, pero cada vez más se han ido haciendo conscientes de que Jesús es realmente un peligro. Está teniendo repercusión aquí, en Judea. La gente le escucha y le busca. Y él es cada vez más claro, y más desafiante, afecte a quien afecte lo que dice. Se le ve decidido, y, aunque sigue teniendo la ternura y la sonrisa de siempre, también veo una determinación y una urgencia en sus ojos que no estoy segura de cómo interpretar.

Entre nosotros también hay una excitación y una tensión creciente. La mayoría interpretan la actitud de Jesús como prueba de nuestro triunfo inminente: están convencidos de que la gente va a unirse en masa a nosotros y que vamos a restaurar el reino de Israel en unos pocos meses. Cada uno se hace una idea de cómo va a ser eso, y Jesús ya ha tenido que poner las cosas en su sitio un par de veces, cuando se andaban rifando cargos de gobierno. Es de las pocas veces que le he visto enfadado con nosotros. Dijo que estábamos totalmente equivocados si pretendíamos hacer lo mismo que hacían los dirigentes a los que denunciábamos. Que el único poder entre nosotros tenía que ser el servicio. Que de nada serviría sustituir una tiranía por otra. Todos se callaron, pero yo creo que muchos no entendieron nada...

Yo tampoco estoy segura de entenderlo bien, pero lo que me parece evidente, aunque no me atrevo a comentarlo con nadie, es que Jesús no comparte esa sensación triunfal. Cuando alguien hace bromas o previsiones de éxito seguro delante de Jesús, él lo corta en seco y comienza a hablar de que los profetas rara vez han muerto en la cama, o augurios aún más oscuros. La mayoría le discute (Pedro el otro día se puso a reñirle por ser tan pesimista) o se calla, y lo interpreta diciendo que Jesús no quiere que nos confiemos. Pero yo le he visto serio, en ocasiones preocupado, como asumiendo decisiones difíciles en su interior, y no creo que Jesús esté asumiendo una pose para bajarnos el

optimismo. Creo que efectivamente siento que hay un peligro real, y grave... y tengo miedo.

En realidad, todos tenemos algo de miedo. Tanto triunfalismo y fanfarronería esconden, en parte, el hecho de que todos nos damos cuenta de que Jesús – y nosotros con él – se está enfrentando a gente muy peligrosa. Pero también somos cada vez más conscientes del poder de Jesús. Está siendo impresionante su capacidad de sanar y de dar vida. Por eso, en el fondo, todos seguimos confiando en que finalmente no podrán con él.

La actitud de Jesús, cada vez más decidida y enérgica, también nos anima a pensar así. ¿Actuaría así si no creyera que es hora de movilizar a todo el mundo y cambiar definitivamente las cosas? Cada vez sitúa más a la gente ante la necesidad de tomar postura, definirse y actuar con autonomía y decisión. Tampoco tiene tapujos a la hora de denunciar en público los abusos de nuestros dirigentes, la interpretación que hacen de la ley para oprimir a las personas y desafiarles. Dice que son unos hipócritas, guías ciegos, que se aprovechan de Dios y de la fe del pueblo para sus propios intereses. Ellos también le provocan, y Jesús responde. El otro día le llevaron a una mujer a la que iban a apedrear por haber cometido adulterio. Había testigos y la sentencia estaba dictada. Estaban decididos a apedrearla, pero quisieron aprovechar la situación para desafiar a Jesús.

Estábamos en el templo, con un montón de gente que se había reunido para escuchar a Jesús. De repente vimos un grupo grande de gente que llevaba a una mujer medio desnuda a empujones. La tiraron al suelo en medio del círculo de los que estábamos hablando con Jesús, delante de él, en medio de gritos e insultos. Jesús ni les miró: sólo miró a la mujer, que lloraba e intentaba protegerse y tapar su cuerpo, y escondía la cara.

Los tres que dirigían el grupo (que era numeroso y se había metido entre los que estábamos escuchando a Jesús, empujando y gritando, con piedras en la mano), se pusieron delante de Jesús. Como él no se levantó, uno le cogió por el hombro para llamar su atención, sólo un momento, porque ante una mirada severa de Jesús lo soltó. Se miraron y se quedaron de pie ante Jesús, más calmados. Jesús levantó la vista hacia ellos:

- Maestro, disculpa nuestra intromisión, pero estarás de acuerdo con que es un caso grave y no queríamos actuar sin escuchar tu sabia opinión – dijo uno ceremoniosamente, con ironía sibilina, claramente, a esos hombres la opinión de Jesús no les merecía ningún aprecio -. Esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés manda que tales mujeres sean apedreadas. ¿Tú qué dices?

Jesús los miró, miró a la mujer y se quedó callado, escribiendo en el suelo, un tiempo que a mí se me hizo eterno. Yo tenía el corazón en un puño. La muerte por lapidación siempre me ha parecido horrorosa. Nunca he visto ninguna, pero mi hermano me contó un caso. Una persona puede recibir cientos de piedras antes de morir, e incluso antes de perder el conocimiento. De hecho, es muy difícil que una piedra te mate, a no ser que te de en algún lugar concreto de la cabeza con la fuerza necesaria para que te produzca una conmoción, y la gente no suele apuntar precisamente a eso. La ejecución puede durar horas, y requiere una crueldad animal en los ejecutores. Animal y anónima...

Yo sabía que Jesús no podía estar de acuerdo con algo así, pero me daba cuenta de lo que nos jugábamos. Oponerse frontalmente a la aplicación de la ley de Moisés, allí, en el templo, frente a personajes de prestigio y poder como se veía que eran los que habían llevado a la mujer, sería tomado como abierta rebeldía, blasfemia, insulto a Dios. Tampoco estaba claro que eso salvara a la mujer; estaba visto que habían decidido darle muerte. Si Jesús se oponía, simplemente aprovecharían la ocasión para proclamar que Jesús no cumplía la ley, intentando desprestigiarle, y quien sabe si detenerle...

Pero, ¿cómo iba a Jesús a dar su consentimiento ante esa barbaridad?

Los acusadores insistieron:

- Maestro, debes dar una respuesta. ¿O quieres que tus seguidores no sepan si tú eres fiel cumplidor de la ley de Moisés? Tú has dicho que no has venido a abolirla, sino a cumplirla radicalmente... No sería bueno para nadie que quedaran dudas respecto a eso. Tú sabes, podría ser aprovechado por los enemigos de nuestro pueblo...

Jesús se puso en pie y los miró a los ojos:

- Os contestaré, y, ya que habéis acudido a mí como Maestro, espero que actuéis según os digo. El que de vosotros esté libre de pecado, de todo pecado, puede tirarle la primera piedra – y les sostuvo la mirada.

Se hizo el silencio. Los que estábamos con Jesús conteníamos la respiración. Los tres dirigentes se miraron, sin saber qué hacer. Los agresores que estaban entre nosotros se quedaron también callados. Jesús recorrió el círculo con la mirada; luego se volvió a sentar y a escribir en la tierra, esperando.

Un hombre mayor que estaba cerca de mí, ante la mirada de Jesús, bajo la cabeza, soltó la piedra, y marchó. Así, uno a uno, primero lentamente y luego casi al mismo tiempo... Cuando se fue el último, se me escapó un suspiro largo de alivio...

La mujer seguía llorando silenciosamente, arrebujada en el suelo, preparada para recibir las piedras, en medio del círculo. Jesús levantó la cabeza, se puso en pie, se acercó y se agachó junto a ella, tocándole con suavidad el hombro. Ella miró alrededor con temor y se irguió poco a poco... Jesús la miró sin condenarla y la envió en paz...

Salvó a la mujer, pero no le van a perdonar con facilidad que los pusiera en evidencia.

Desde entonces, acuden, cuando unos, cuando otros, a él, sin parar, poniéndole trampas, preguntándole cuestiones límites, forzando que se oponga a la ley, que cure en sábado, que denuncie leyes injustas. También mucha de la gente que le sigue busca continuamente que les solucione cada detalle, que les diga qué hacer en cada situación. Parece que buscan siempre apoyarse en una autoridad en vez de pensar por sí mismos.

A Jesús eso le irrita. Hoy, ante un grupo de personas que le planteaban un sinfín de detalles respecto a qué hacer o no hacer en diferentes situaciones, estalló: “Cuando veis levantarse una nube sobre el poniente decís enseguida, “va a llover”, y si hay viento del sur, decís “va a hacer calor”. Sois unos hipócritas. No tenéis ningún problema en interpretar los signos de la tierra y el cielo, y, sin embargo, cada vez que hay que tomar postura ante algo que puede poner en peligro vuestra comodidad os hacéis los tontos. ¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?”

A mí estas palabras de Jesús me han revuelto por dentro. Yo también acudo a Jesús pretendiendo muchas veces que me dé la receta infalible de qué debo hacer, para evadir mi responsabilidad. Hay cosas que puedo ver y analizar, pero prefiero no hacerlo. Es más cómodo así. No sé si tengo valor para juzgar lo que es justo, porque eso puede meterme aún en más problemas. Entiendo por qué la gente busca maestros que les den masticado lo que deben hacer: es más sencillo tener a quién echarle la culpa si me equivoco, o si algo tiene consecuencias que no deseo... Es mejor no saber de dónde viene el dinero que me alimenta. Es mejor que no saber cómo se reparten los impuestos en nuestro país. Es mejor no saber cuáles son los negocios de mi prometido, ni de mi padre. Es mejor preguntarle a Jesús si debo casarme o no que juzgar por mí misma...

Me he pasado la vida queriendo ser libre. Pero me pregunto si realmente quiero pensar por mí misma, si quiero enfrentar la realidad...

Al menos quiero intentarlo. Como Jesús. Con Jesús. Por Jesús.

Judit